

MARGARET MILLAR

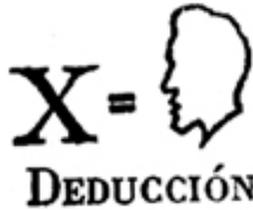
LA TELARAÑA
DE NIEVE



Por las peculiares dimensiones del mundo en que se desenvuelve, hecho de imaginación, pero de imaginación sujeta a reglas lógicas e inexorables, por la cabal satisfacción que da tanto al razonamiento como a la fantasía, la novela policial se ha convertido en el género de lectura preferido por vastos sectores de público. Podría afirmarse que la mejor novela policial es aquella que resuelve razonablemente el planteo más absurdo. El hombre actual no quiere renunciar a su razón, pero tampoco quiere renunciar a su partícula de misterio; traslada entonces la razón a un plano de irrealidad; todo lo que ocurre allí es rigurosamente lógico, salvo el plano mismo, distinto del de la vida cotidiana, meta de una evasión consumada con toda elegancia, y sin desmedro para la inteligencia. Durante un par de horas el autor nos transporta a otro mundo, pero lleva consigo el infalible silogismo, sin el cual tanto él como nosotros nos sentiríamos incómodos. Así nace la novela policial, como respuesta a una necesidad indudable de la vida moderna: la necesidad de escapar de las cosas previstas, uniformes, cotidianas.

EL LECTOR TIENE DERE

*en el momento de adquirir un volu
a qué género pertenece y quién p
vención. A tal fin, en el dorso de
rarán dos de los símbolos*



ESPIONAJE



ACCIÓN

Pueden leerlo:

Este libro se terminó de
imprimir el día 5 de agosto
de 1953, en los Talleres
Gráficos Didot, S. L. R., Lu-
ca, 2223, Buenos Aires.

MARGARET MILLAR

LA TELARAÑA DE NIEVE

LIBRERÍA HACHETTE S.A.
BUENOS AIRES

1

La nieve y el hollín salpicaban los caminos de cemento como sal y pimienta. Veinte millas al este, Detroit era una ciudad de humo y luces. Veinte millas al oeste, la ciudad de Arbana ni siquiera se distinguía, pero Mrs. Hamilton miró primero hacia el oeste, como si esperara verla milagrosamente.

En la rampa de observación, más arriba del aeródromo, podía ver las caras de las gentes que habían ido para tomar un avión o esperar a alguien, o simplemente para ver aquello, pues si no podían ir a ninguna parte, lo mejor que podían hacer era ver cómo viajaban los demás. Bajo las fuertes luces, sus rostros tenían el mismo aspecto que las filas de verduras de cera de los escaparates de los mercados de su ciudad. Recorrió brevemente los rostros con la mirada, preguntándose si alguno de ellos sería el de Paul, su yerno. No estaba muy segura de reconocerlo —en su mente nunca había tomado del todo la forma de una persona; era simplemente el esposo de Virginia—, ni tampoco de que él la reconociera.

—Pues yo no he cambiado nada —dijo en voz alta, vivamente.

Su compañera se volvió con aire de sorpresa. Era una muchacha esbelta, de poco más de veinte años, bastante linda, aunque sus cabellos rubios y sus cejas extremadamente claras le daban un aspecto frágil y descolorido. Tenía los ojos redondos y de un azul oscuro, lo que le daba la mirada inquisitiva de un niño, para quien todo es nuevo.

—¿Dijo usted algo, Mrs. Hamilton?

—La gente no cambia mucho en un año, excepto cuando es muy malo. Y en realidad, este año no fué malo hasta... hasta ahora.

La muchacha dejó oír un murmullo de simpatía, al que Mrs. Hamilton reaccionó con sequedad, porque le ofendía y disgustaba grandemente que la compadecieran. Su naturaleza, en contraste con su cuerpo regordete y de huesos pequeños, era viva y vigorosa. Apretando con fuerza, bajo el brazo, la gran cartera negra, cruzó la planchada de cemento, dirigiéndose a la salida. Cuando llegó a la rampa, volvió a mirar los rostros-verduras.

—No veo a Paul. ¿Y tú, Alice?

—Puede estar aguardando adentro —dijo la muchacha—. Hace frío.

—Te dije que te aseguraras de ello y compraras un abrigo bien caliente.

—El abrigo es bastante caliente. Pero el viento, no.

—Los californianos están mal acostumbrados. Para ser invierno, el tiempo es bastante suave. —Pero sus labios tenían un tinte azulado y sentía sus dedos, cubiertos por guantes de gamuza blanca, tan rígidos como si se los hubieran entablillado—. En mi telegrama no le pedí que viniera a recibirme. Bueno, tomaremos un taxi hasta Arbana. ¿Qué hora es?

—Cerca de las nueve.

—Demasiado tarde. Probablemente no me dejarán ver a Virginia esta noche.

—Probablemente no.

—Me imagino que... me imagino que *ellos* tendrán horas de visita, como en los hospitales. —Y pronunció la palabra *ellos* como si fuera un explosivo al que hay que manejar con cuidado.

Junto al mostrador de equipajes había una fila y ambas se colocaron al final. Para Mrs. Hamilton, rápida en notar la atmósfera, aquella sala tenía un aire de excitación gastada, de anticipación agriada por la realidad.

El final del viaje, pensó. Ella también se sentía gastada y agria, y la sensación le recordó a Virginia; Virginia, por Navidad, cuando tenía ocho años. Durante semanas y semanas, la niña había soñado con aquella Navidad y luego, de repente, la mañana de Navidad, al despertarse, había visto que aquél era un día como los demás. Había regalos, claro está, pero no eran, no podían ser, tan grandes, emocionantes y misteriosos como los paquetes en que habían venido. Aquella tarde Virginia lloró, meciéndose desesperada.

—Quiero que vuelva mi Navidad. ¡Quiero *mi* Navidad!

Mrs. Hamilton sabía ahora que lo que Virginia había querido que le devolvieran eran sus esperanzas locas y maravillosas, las cajas sin abrir, los lazos de las cintas sin desatar aún.

Muy pronto, dentro de dos semanas, llegaría una nueva Navidad. Se preguntó, sombríamente, si Virginia lloraría para que volviera otra vez, cuando hubiera pasado.

—Debe de estar cansada —dijo Alice—. ¿Por qué no se sienta y me deja que aguarde en la fila?

La respuesta fué e inmediata.

—No, gracias. No quiero que me traten como a una anciana, a mi edad.

—Willett me dijo que la cuidara debidamente.

—Mi hijo Willett nació para ser una solterona. No me hago ilusiones sobre mis hijos. Nunca me las hice. Ya sé que Virginia es nerviosa. Pero eso es *todo*. No tiene mal fondo. —Se pasó un pañuelo por la frente pálida y húmeda. La habitación le parecía de pronto insoportablemente cálida y no podía aguantar su cansancio, pero tenía que seguir hablando—. La acusación es falsa, absurda. En una ciudad pequeña, como Arbana, la policía es ineficaz y, probablemente, corrompida. Han cometido un error imbécil.

En las últimas doce horas había repetido la frase más de doce veces. Con la repetición, había ido ganando fuerza y velocidad, como un auto que va cuesta abajo para estrellarse.

—Aguarda a conocerla, Alice. Tú misma lo verás.

—Seguramente. —Pero cuanto más hablaba de Virginia Mrs. Hamilton, más oscura le resultaba Virginia, oculta en un seto de palabras, como un animal desconocido.

—No me hago ilusiones —repitió la anciana—. Es nerviosa, a veces hasta tiene mal carácter, pero es incapaz de hacer daño a nadie deliberadamente.

Alice murmuró una respuesta indistinta, pero tranquilizadora. De pronto se dió cuenta de que eran un foco de atención. Se volvió y miró por encima del hombro de Mrs. Hamilton hacia la puerta de salida. Cerca de ella había un hombre que las miraba. Tendría unos treinta y cinco años; era alto, algo encorvado, como el que pasa mucho tiempo ante un escritorio, y con la expresión ligeramente dura, como si eso no le gustara. Llevaba un sobretodo de tweed que parecía nuevo, un sombrero de fieltro gris y unos toscos zapatos castaños, de tipo inglés.

—Creo que su yerno acaba de llegar.

Mrs. Hamilton se volvió también y miró al hombre.

—No es Paul. Demasiado bien vestido. Paul parece siempre un obrero sin trabajo.

—Pues él parece que la conoce a usted, por la manera como mira.

—No digas disparates. Ni seas tan modesta. Te mira a ti. Eres una muchacha bonita. A ninguna mujer que no tiene un hombre le parece eso. Yo creía que era linda, y eso que nunca lo fuí.

Era cierto. Nunca había sido linda, ni de muchacha. Su cabeza era demasiado grande para su cuerpo y su tamaño parecía aún mayor por el espeso pelo castaño, cuyo fuego se iba apagando ahora, mostrando las líneas grises de sus cenizas.

—Tienes que aprender a *aparentar*, Alice. Después de todo, ya no eres una maestra. Eres una mujer de mundo, estás viajando y te pueden ocurrir toda clase de cosas interesantes. ¿No lo sientes así?

—No —dijo Alice simplemente.

—Bueno, inténtalo.

El hombre de la puerta había llegado a una decisión. Atravesó con paso vivo la sala, quitándose el sombrero mientras lo hacía.

—¿Mrs. Hamilton?

Mrs. Hamilton se volvió hacia él, y una ligera arruga se marcó entre sus cejas. El encuentro, fuera lo que fuere, no figuraba en sus planes. No podía perder ni malgastar el tiempo con un extraño. Apretó con más fuerza su cartera, como si el desconocido hubiera venido a robarle algo.

—Sí, soy yo Mrs. Hamilton.

—Me llamo Eric Meecham. El Dr. Barkeley me envió para que la recibiera.

—¡Oh! ¿Cómo está usted?

—¿Cómo está usted? —Él tenía una voz grave, con un ligero tono de impaciencia en ella.

—¿Es amigo de Paul?

—No.

—¿Y entonces?

—Soy abogado. Me han pedido que represente a su hija.

—¿Quién se lo encargó?

—El Dr. Barkeley.

—En mi telegrama le decía que aguardase a que yo llegara.

Meecham arrugó también el ceño.

—Pues no lo hizo. Quería que tratara de sacarla de la cárcel cuanto antes.

—¿Y lo hizo?

—No.

—¿Por qué no? Si es por dinero, yo tengo...

—No es dinero. Pueden detenerla durante cuarenta y ocho horas sin acusación alguna. Y, según parece, es lo que piensan hacer.

—Pero ¿por qué detienen a una muchacha inocente?

Meecham tomó con todo cuidado la pregunta, como si estuviera cargada de materia explosiva.

—Lo cierto es que no se ha declarado inocente.

—¿Qué... qué declara entonces?

—Nada. No niega nada, no admite nada. Es... —buscó la palabra y, entre varias, eligió la menos hiriente—. Es un poco difícil.

—Está asustada, la pobrecita. Cuando está asustada, siempre es difícil de tratar.

—Lo comprendo. —La fila se había reducido a ellos tres. Meecham miró interrogativamente a Alice y luego se volvió a Mrs. Hamilton—. ¿Vino usted sola?

—No. Perdóneme, me olvidé de presentarlo. Alice, Mr. Meecham. Miss Dwyer.

Meecham inclinó la cabeza.

—Tanto gusto.

—Alice es amiga mía —le explicó Mrs. Hamilton.

—En realidad, soy su dama de compañía —dijo Alice.

—¿Sí? Si me da las contraseñas, yo me encargaré de su equipaje y lo llevaré al auto.

Mrs. Hamilton se las entregó.

—Le agradezco mucho la molestia que usted se toma.

—No es ninguna molestia. —Las palabras eran corteses, pero sin convicción.

Llevó las cuatro maletas al auto y las guardó en el compartimiento de equipajes. El auto era nuevo, pero estaba salpicado de barro y tenía abollado el guardabarros trasero del lado izquierdo.

Las dos mujeres se sentaron detrás y Meecham solo, al volante. Ninguno habló durante las primeras millas. El tránsito en la carretera era muy intenso y el pavimento estaba escurridizo a causa de la nevisca.

Alice miró el paisaje que se distinguía a la cruda luz de los faros. Era inhóspito y llano, cubierto, en parte, de nieve gris. Una fuerte nostalgia la invadió, y unido a ella, un sentimiento mucho más intenso y violento que la nostalgia.

Odiaba aquel lugar, odiaba al abogado porque pertenecía a él. Era duro y frío como el paisaje y tan desapacible como el tiempo.

Mrs. Hamilton, al parecer, compartía su sentimiento. De repente, extendió la mano y dió una palmadita en la de Alice. Luego se irguió y se dirigió a Meecham con su voz clara y deliberada.

—¿Y cuáles son sus títulos para este trabajo, Mr. Meecham?

—Me gradué en leyes en la Universidad local y trabajé en la oficina de la firma Post y Cranston, hasta que descubrieron que les era indispensable y pusieron mi nombre en la puerta. ¿Era eso lo que quería saber?

—Quería saber qué experiencia había tenido en casos criminales.

—No intervine nunca en un asesinato, si es eso lo que quiere decir —contestó él francamente—. No son muy numerosos por aquí. ¿Conoce Arbana?

—He estado una vez en ella.

—Entonces sabrá que es una ciudad universitaria y que no tiene un índice de criminalidad como el de Detroit. El problema más grave de la policía es el del tránsito después de los partidos de *football*. Naturalmente, hay un cierto porcentaje de robos de autos, ofensas a la moral y cosas parecidas. Pero en dos años no ha habido un asesinato, hasta ahora.

—Y han detenido a mi hija.

—Sí.

—No puedo creerlo. No tenían más que mirar a Virginia para comprender que es... una muchacha *bien*, bien educada.

—Las muchachas bien han tenido disgustos antes de ahora.

Hubo un breve silencio.

—Habla como si pensara que es culpable.

—No tengo ninguna opinión.

—Sí. Lo veo. —Mrs. Hamilton se inclinó y puso una mano en el respaldo del asiento de Meecham—. Perdóneme si le parezco grosera —dijo suavemente—, pero no estoy segura de que usted sirva para manejar este asunto.

—Yo tampoco lo estoy, pero voy a tratar.

—Naturalmente. Si los asesinatos son tan raros en esta ciudad, como usted dice, sería un triunfo para usted defender a mi hija, ¿no es así?

—Puede ser.

—Pero no me gustaría que triunfara a expensas de ella.

—¿Qué sugiere que haga, Mrs. Hamilton?

—Retirarse graciosamente.

—No soy gracioso —dijo Meecham.

—Ya lo veo. Bueno, esta noche hablaré de esto con Paul.

Se acercaban a la ciudad. En el cielo había un resplandor rojizo de neón. Las estaciones de servicio y las casas de *lunch* aparecían a intervalos más cortos en la carretera.

—Eso no quiere decir que tenga personalmente nada contra usted, Mr. Meecham —dijo Mrs. Hamilton.

—No.

—Es que mi hija es lo más importante de mi vida. Y no quiero arriesgarme.

Meecham pensó media docena de respuestas, pero no pronunció ninguna. Sentía verdadera lástima de la mujer, o de cualquiera para quien Virginia Barkeley fuera lo más importante de su vida.

2

Una de las alas de la casa estaba a oscuras, pero de las ventanas de la otra se escapaba la luz como en cintas doradas.

El lugar era más grande de lo que Meecham había esperado, y su techo plano y sus enormes ventanas resultaban absurdos en aquel escenario de invierno. Era una casa de California del Sur, de pino y piedra. Meecham se preguntó si Virginia la había dispuesto de aquel modo deliberadamente, porque le recordaba su antiguo hogar, o inconscientemente, como un símbolo de su negativa a resignarse a su nuevo ambiente.

Se entraba en la casa por un patio que separaba ambas alas. Allí también las luces estaban encendidas, descubriendo cestos colgantes con plantas muertas, tiestos llenos de nieve, y un lugar para hacer asados al aire libre, bordeado de pequeños témpanos.

Mrs. Hamilton arrugó los ojos, como si fuera a llorar, a la vista del patio de Virginia, construido para el sol y el verano, y tan desolado en aquella noche de invierno. Silenciosamente salió del auto y se dirigió hacia la casa.

Meecham se echó hacia atrás el sombrero, con un gesto de alivio.

—Todo un carácter, ¿eh?

—Yo la aprecio. Es muy amable conmigo.

—¡Oh! —Se apartó para dejar salir del auto a Alice—. Es demasiado joven para ser dama de compañía. ¿Cuánto hace que trabaja con ella?

—Aproximadamente un mes.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Bueno... —Se ruborizó—. Es una pregunta tonta. Tengo que ganarme la vida.

—Quería decir que es un trabajo muy raro para una muchacha.

—Antes era maestra. Pero no conocía en mi trabajo... —a ningún hombre agradable, eran las palabras que se le ocurrieron, pero en vez de eso dijo:— Pero no iba a ninguna parte, de modo que pensé cambiar de empleo por un año o cosa así.

Él le dirigió una mirada extraña y fué hacia la parte posterior del auto para abrir el baúl. Mrs. Hamilton había entrado en la casa, dejando la puerta abierta.

Meecham puso las cuatro maletas en el caminillo y volvió a cerrar el baúl.

—Me imagino que sabrá en lo que se ha metido.

—Yo... claro. *Naturalmente*.

—Naturalmente. —Él la miró, ligeramente divertido—. Por lo visto, no conoce a Virginia.

—No. Pero he oído hablar mucho de ella a su hermano, Willett, y a Mrs. Hamilton. Parece que es... bueno, una persona bastante desdichada.

—Hay que ser muy desdichada —dijo Meecham—, para darle a un individuo seis cuchilladas en la espalda. ¿O es que no sabía eso?

—Lo sabía. —Quería darle a su voz un tono muy categórico, como el de Mrs. Hamilton, pero habló en un murmullo ahogado—. Claro que lo sabía.

—Naturalmente.

—Le gusta censurar.

—Cuando los demás me censuran a mí —dijo Meecham—. A propósito, he olvidado su nombre, ¿cuál es?

En vez de contestarle, ella tomó dos de las maletas y se dirigió hacia la casa.

Mrs. Hamilton la oyó llegar y la llamó.

—¿Alice? Estoy aquí, en el *living*. Haz pasar a Mr. Meecham. Quizá querrá tomar un poco de café.